

digna del ideal más puro. Unas inteligencias están en lucha con otras, las teorías se contradicen mutuamente. Estas son las luchas apetecibles; luchas reposadas, serenas, majestuosas, cuyo resultado no es por cierto la sangre derramada, como en los combates de ejércitos contra ejércitos, sino el descubrimiento de verdades y el perfeccionamiento de nuestra naturaleza.

Es preciso no ser obstinados, sino dejarnos convencer por la lógica. Lo contrario es firmar pacto con el error. Tan distante estoy de los que intentan volver á épocas que no volverán jamás, como de los que sueñan que ha llegado ya el día del bienestar universal y de los que creen que la humanidad está en aptitud de recibir todas las reformas. Caminamos hácia el ideal, pero paso á paso y tropezando muchas veces. Querer adelantar demasiado la marcha es un delirio contraproducente. En cambio, tampoco soy muy amigo de la tradición; la respeto desde lejos, como se respetan ciertos recuerdos de la infancia; recuerdos de fenómenos cuya reproducción en la edad viril sería imperdonable locura.

Si la duda se desprende alguna vez de mis palabras y sombrea tristemente el cuadro que presento á mis lectores, es prueba del sincero humanismo que me guía. No quiero engañar á los demás ni tampoco á mi propia conciencia. Ah! confesemos que á veces no podemos marchar resueltamente en la vida, y por una fuerza tan fatal como misteriosa nos sentimos obligados á detenernos, á vacilar, á desalentarnos. ¿Acaso la duda no es la constante compañera del hombre?

Pero luego la esperanza vuelve á animarme, y nunca falta alguna estrella que guíe mis pasos. Esperanza! la senda es larga y árida, pero á lo lejos verdean los oasis.

Nuestra época es de agitación y de combate; hay una especie de tormenta intelectual por cuyas nubes vagan chispas sublimes. Es verdad que caminamos por entre abismos, pero junto á los abismos hay alturas inundadas de resplandores. La multitud humana se rebulle vertiginosamente entre aquellos y estas, y mientras los unos suspiran por lo pasado y ni siquiera miran las alturas, los otros intentan subir tan arriba, que el sol les abrasa las alas como abrasó las de Icaro.

Es, en efecto, muy difícil concretar algo entre tanta vaguedad y fijar los límites de lo verdadero y de lo falso, de lo bueno y de lo malo, de lo bello y de lo repugnante. ¿Hay pues derecho á negar el paso á teoría alguna? ¿no han de ser completamente tolerantes todos los hombres de buena voluntad? ¿quién es capaz de jactarse con la posesión de lo cierto? ¿quién tiene la soberbia de llamarse infalible?

Honrados, tolerantes, serenos, deseamos le-

vantar noblemente la cabeza y sentir palpar sin temor el corazón. No queramos que el porvenir nos eche en cara rancios exclusivismos, ridícula estrechez de miras, ni que el pasado nos recrimine por haber auxiliado á escandalosas infamias y patrocinado inútiles alharacas.

Y sobre todo, una gran idea domine en nuestra inteligencia: *Adelante!* y un gran sentimiento domine siempre en nuestro corazón: *Esperanza!*

EL DOCTOR PÉSIMO.

## AMOROSA

V EYENTLA al llit trista y sola  
y portant la mort als ulls;  
—vaig pe 'l metje, jo l' hi deya,  
que es la meva ta salut.—  
Y ella ab veu ben tremolosa,  
me responia:—No ho vull...  
assentat aquí... no 't moguis...  
ja estich be: ¡lo metje ets tú!

FRANCISCO GRAS Y ELIAS.

## EL ÚLTIMO DISPARO

C IERTO día, al ir de caza, habíame llevado un volumen inglés de traducciones del sanscrito, lengua sagrada de los indios. Un inocente corzo brincaba de gozo á la entrada de un bosque. Yo le miraba de vez en cuando por encima de los arbustos, y le veía levantar las orejas, golpear con los cuernos, calentar al sol su fina piel y gozar de su ilimitada libertad.

Mi padre era cazador, y yo había pasado mi juventud con los guarda-bosques, los curas de aldea y otras personas que soltaban sus perros con los de mi padre. Nunca había yo meditado acerca de ese brutal instinto del hombre, que hace de la muerte un objeto de recreo y que priva de la existencia, sin necesidad, sin justicia y sin compasión á animales, que tendrían sobre él igual derecho de caza y muerte, si estuvieran armados y fuesen tan insensibles y tan feroces en sus placeres como sus verdugos. Mi perro vigilaba, yo tenía mi fusil en la mano, y el corzo estaba á mi alcance. De pronto experimenté una especie de remordimiento, y vacilé ante la idea de destruir de repente la vida, la alegría y la inocencia de un sér que nunca me había hecho el menor daño, y que disfrutaba de la misma luz, del mismo rocío y de la misma voluptuosidad matutina que yo, creado por la misma Providencia,